

Editorial

Las situaciones de participación ayudan a mejorar la colaboración entre todas las partes implicadas en la vida de la escuela o del centro docente. El hecho de participar en un esfuerzo colectivo, en un clima de comprensión y con la sensación de contribuir a la realización de algo que se estima importante provoca y suscita un interés por la actividad misma, un deseo de compromiso y de responsabilidad con respecto a toda la acción escolar. Pero para que la participación pueda tener éxito es preciso no sólo que se asegure la comunicación, la circulación de información entre todas las partes interesadas, sino también que los participantes reciban una formación para el trabajo de participación en la comunidad escolar.

La escuela está inserta en una realidad social circundante, de la que no debe quedar aislada, de la que debe recibir aportaciones y a la que debe difundir sus preocupaciones. Todos los trabajos efectuados en este campo en el curso de los últimos años, tanto en los contextos nacionales como en el plano internacional, se inspiran en la creencia común de que la escuela no debe permanecer fragmentada o aislada de las realidades del mundo al que pertenece.

El concepto de educación permanente ha introducido la nueva noción de la escuela en tanto que parte integrante potencial de un vasto sistema de educación destinado a responder a las aspiraciones educativas y culturales de cada uno según sus propias aptitudes. El objetivo es permitir a cada uno desarrollar su personalidad a lo largo de su vida, cualquiera que sea su situación personal.

Bajo esta perspectiva, la escuela representa el comienzo de un amplio proceso de desarrollo personal y debe proporcionar al individuo los instrumentos que le sirvan para hacer frente a las exigencias de su entorno. Desde el momento en que la educación deja de impartirse exclusivamente en las escuelas y asume diversas formas complementarias, la posición de la escuela respecto de la comunidad cambia radicalmente. Aun permaneciendo como elemento privilegiado de socialización y de adquisición de competencias, la escuela tiene ante todo por misión ayudar a adquirir las aptitudes que asegurarán en el futuro la flexibilidad y la movilidad indispensables para «aprender a aprender».

Los esfuerzos de la escuela para aproximarse a la colectividad se extienden no sólo a los programas y a los métodos de enseñanza, sino que también afecta a la naturaleza de las relaciones existentes en el interior mismo

de la escuela y a las que la vinculan a la comunidad de la que constituye una parte. Desde el momento en que la escuela debe funcionar en el marco de la sociedad y convertirse en un agente efectivo de cambio social, es preciso establecer lazos más estrechos entre aquélla, la comunidad en la que se halla inserta y la sociedad en su conjunto.

No parece posible que la escuela pueda cumplir su mandato consistente en preparar a la juventud a su inserción social y a asumir sus responsabilidades en una sociedad democrática sin permitir a los protagonistas hacer la experiencia de la participación. Parece pues deseable que si se quiere transformar la escuela en una auténtica comunidad, intensificar su acción educativa por la interacción con la sociedad de la que forma parte y hacer de los jóvenes ciudadanos activos responsables deba experimentarse la participación.